

Miriam Georg

LOS
AMANTES DE
HAMBURGO



MIRIAM GEORG

LOS AMANTES DE HAMBURGO

Traducción de María José Díez Pérez



Título original: *Elbstürme*

© 2021 by Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-670-7030-9

Depósito legal: B. 8.425-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Lily von Cappeln se retiró el velo del sombrero y siguió con la mirada el barco, que poco a poco se abría camino hacia mar abierto. La proa hacía espumear el agua del puerto, la bandera azul y blanca de la compañía naviera Karsten ondeaba al viento. Delante, junto a la baranda, había una mujer joven con un vestido verde. Los demás pasajeros se despedían con la mano y gritaban nombres, miraban al puerto, a las personas que quedaban atrás. En cambio, la joven miraba al frente, a las oscuras aguas, con una expresión de determinación en el rostro, como si solo existiesen ese océano que había que salvar y ella.

Lily no podía apartar la vista de la mujer. Era como si contemplase una imagen onírica. «Soy yo quien debería estar ahí», pensó, y sintió que la recorría un dolor que conocía bien. De un tiempo a esa parte cada vez le resultaba más difícil describirlo con palabras. Mutaba, perdía definición, era menos abrasador que al principio. Pero, así y todo, su vehemencia le cortaba la respiración.

El dolor tenía distintas caras. La mayoría de las veces era la carita blanca de su hermano Michel, pero en ocasiones también se colaban los ojos afectuosos y preocu-

pados de su madre, Sylta. O de pronto Lily percibía un olor a libros antiguos y veía a su padre. Con todo, lo que estaba siempre presente era esa voz. Ese olor. Esa persona que se antepone a todo. A la que sencillamente Lily no podía olvidar.

Por mucho que lo intentase.

A su alrededor reinaba un gran ajetreo. Enormes estaciones de bombeo de vapor cumplían con su cometido en el muelle, se cobraban cabos, la pasarela volvía a su sitio. La gente hablaba a la vez, unos lloraban, otros seguían despidiéndose con la mano. Lily no agitaba la mano: en ese barco no conocía a nadie, igual que en todos los demás que habían salido del puerto de Liverpool a lo largo de los tres últimos años. Pese a ello acudía al muelle casi todas las semanas para verlos zarpar.

Ese era el primer barco de la naviera Karsten que se hacía a la mar desde allí desde que Lily había huido a Inglaterra. Haría la nueva línea de Calcuta, el orgullo de su familia. «La India», pensó Lily, y de pronto fue como si escuchara la voz de su hermano: «Hace tanto calor que uno no puede pensar con claridad. Los manglares están plagados de tigres, leopardos y serpientes venenosas. Palacios fastuosos se alzan junto a las chozas de barro más miserables, en los campos trabajan elefantes, amaestran a monos para hacer de ellos ayudas de cámara. Allí hay enfermedades que te pudren el cuerpo en vida, pero también tesoros de un valor tan incalculable que no somos capaces de imaginar ni en sueños». Franz siempre había hablado con asombro, pero también con un profundo respeto del desconocido continente y de la capital de la colonia británica, que sería el nuevo destino

de la línea. Antes Lily escuchaba esas historias con un gran anhelo, había pasado tardes enteras con Michel al amor de la lumbre mirando dibujos de elefantes y tigres e intentando copiar esos extraños animales que para ellos eran como criaturas salidas de un cuento. Entonces Lily soñaba con ir algún día a los lejanos países a los que ponían rumbo los barcos de la naviera Karsten, vivir aventuras como los protagonistas de los libros que leía.

Ahora, no obstante, esas tierras extrañas ya no despertaban su interés. Ahora lo único que quería era volver a Hamburgo.

Su padre le informaba en una carta de la botadura que se había celebrado ese día.

«¿Por qué habría de importarme?» Había leído la misiva desconcertada, frunciendo el ceño. En el curso de los últimos años las conversaciones con Alfred Karsten se habían limitado a lo estrictamente necesario.

Sylta, su madre, escribía a Lily casi a diario, iba acumulando las cartas y después enviaba todo un fajo de golpe, que ella siempre esperaba con impaciencia. Siempre olía a la crema de rosas que utilizaba Sylta, y después de retirar el lazo, Lily se llevaba el papel a la nariz, olfateaba cada uno de los sobres, aspiraba el familiar perfume y en esos momentos era un poco como si su madre la abrazase. De su padre, en cambio, solo había recibido una carta hasta el momento, nada más llegar a esa ciudad. En ella le comunicaba que Michel, el hermano pequeño de Lily, seguía con vida. Que habían fingido su muerte con el objeto de que Lily se subiera a ese barco para ir a Inglaterra. Debía tener a ese hijo ilegítimo muy lejos de Hamburgo, donde nadie la conociese.

Donde no mancillara el honor de la familia.

Todos estaban al corriente, incluso su madre. La habían engañado para doblegarla. Lily aún recordaba muy bien lo que había sentido al leer esas palabras. Fue como si le clavasen miles de pequeñas agujas en el cuerpo, apenas podía respirar; la conmoción fue casi tan terrible como lo había sido antes la noticia de la muerte de Michel. Nunca en su vida se había sentido más traicionada.

Pero una vez superados el dolor inicial y el horror, afloró la alegría de saber que su hermano seguía vivo. A veces pensaba que ese era el único motivo por el que había superado esos primeros y terribles momentos en Liverpool. El recuerdo de su rostro inocente, su suave pelo rojo y su olor infantil le permitió soportar la boda con Henry, la soledad.

Poco después, su madre le pidió perdón:

Era la única esperanza de que en el futuro pudiéramos tenerte de nuevo con nosotros y volviésemos a llevar una vida normal, como una familia. Entenderé que no me puedas perdonar, pero lo volvería a hacer. Por ti haría cualquier cosa, Lily. Por cada uno de mis hijos. Quizá algún día, cuando seas madre, entiendas que a veces hay que hacer cosas malas para proteger a los hijos de algo aún peor. Aunque se te parta el corazón.

Y en algún lugar de lo más profundo de su ser, Lily, en efecto, lo entendió. Sus padres no eran malas personas, habían obrado movidos por la desesperación. Que solo vieran su punto de vista y no se abrieran a otras posibilidades o perspectivas era algo que no se podía cambiar. Con el tiempo, mientras su vientre cada vez era más abultado, en ella se había producido una transformación. Sabía que no lo olvidaría nunca, pero entendió que,

si no perdonaba, lo único que conseguiría sería envenenarse el corazón.

Su padre, por el contrario, no había dado ninguna explicación, ni tan siquiera se había disculpado. A menudo escribía unas líneas bajo la firma de su madre, pero seguía manteniéndose distante. Casi siempre hablaba de cosas prosaicas, de la casa o de su asignación mensual. De manera que Lily tampoco se había atrevido a dar el primer paso hacia él, y cuanto más tiempo pasaba, más imposible parecía.

Sin embargo, ahora a Lily le ardían los azules ojos al leer ese nombre en la proa. «Cordelia», susurró.

¿Por qué había elegido su padre ese nombre? Alfred Karsten siempre bautizaba sus barcos con el nombre de heroínas de Shakespeare. Pero ¿Cordelia, la hija predilecta a la que deshereda? ¿Quería decirle con eso que Lily lo había decepcionado también a él hasta el punto de verse obligado a desterrarla? ¿O que, al igual que el rey Lear, echaba dolorosamente de menos a su desterrada Cordelia y tenía que reconocer que había sido injusto con ella? Lo cierto es que no podía ser una casualidad que Alfred Karsten hubiese elegido justo esa obra. Debía ser un mensaje que le dirigía su padre, de eso Lily estaba segura. Pero ¿cuál?

A la cabeza le vinieron las famosas palabras de Cordelia: «No somos los primeros que, anhelando lo bueno, sufrimos lo peor».

¿Había entendido su padre que ella nunca había pretendido hacerle daño? ¿Que todos los trágicos acontecimientos que había desencadenado habían sucedido por amor y sed de libertad? ¿Y que no era su intención engañarlo?

Durante un instante sus manos se crisparon en la falda del vestido. A su alrededor, las gaviotas lanzaban al viento su eterna canción quejumbrosa. La mirada de Lily se perdió en el mar; no se detuvo en las velas del barco, sino en el horizonte, en esas aguas infinitas que allí, en Inglaterra, parecían grises tanto en invierno como en verano. Casi creyó distinguir a lo lejos la silueta de una ciudad. Allí estaban los cinco campanarios de Hamburgo, la verde iglesia de San Miguel, el ayuntamiento, que descollaba entre la neblina. Pero sabía que era una ilusión, fantasmas del pasado que se esfumarían en un instante.

Se oyó la sirena de niebla y el sonido grave y lastimero hizo que un escalofrío le recorriese el cuerpo. «Algún día —pensó—. Algún día yo también estaré a bordo de un barco. Y volveré a casa.»

De pronto una manita se deslizó en la suya. Alguien le tiró del vestido. Lily cogió deprisa a su hija en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Pero si estás helada.

Como siempre, Hanna había permanecido a su lado en silencio, observándolo todo con los ojos muy abiertos, como si lo viese por primera vez. Lily se quitó los guantes para acariciarle la cara. Hanna había comido *pastries*, y la mitad de las mantecosas pastas habían acabado en sus sonrosadas mejillas. A diferencia de ella, Hanna no se cansaba nunca de ver barcos, al contemplarlos se olvidaba de todo cuanto la rodeaba. Eso era algo que le habría encantado a su abuelo, sin duda. Solo que, por desgracia, Hanna no lo conocía.

—Con lo que tienes en la cara tengo de sobra para atiborrarme. —Lily se rio y le quitó un poco de mermelada

de la barbilla a su hija con un beso. Hanna soltó una risita y se revolvió en sus brazos.

Dos damas elegantes con sendos vestidos con volantes y gruesos gorros de pieles que se hallaban a unos metros de distancia, despidiéndose con la mano, arrugaron la nariz y las contemplaron escandalizadas. No era habitual que una mujer de la clase de Lily hiciese arrumacos a su hija en público. Como tampoco lo era que no llevase corsé.

Lily recibió las miradas con indiferencia. Besó a Hanna en la nariz y la dejó en el suelo. Después se alisó el vestido, se pasó las manos especialmente despacio por el talle, que quedaba a la vista bajo la estola de pieles que llevaba y cuyo contorno era muy distinto del de las damas circunstantes. Miró a las mujeres a la cara y sostuvo la mirada hasta que ellas desviaron la suya con aire vacilante.

Lily esbozó una sonrisa de triunfo.

—Volvamos deprisa a casa. De lo contrario te resfriarás.

—Un barco más. —Hanna extendió los brazos hacia el agua como si quisiera coger el Cordelia, que ya solo era un punto en el horizonte.

—La semana que viene vendremos a ver otro —le aseguró Lily.

—¿Papá también? —preguntó Hanna, y la sonrisa se borró del rostro de Lily. Se bajó el velo para ocultar la palpitante mancha violeta que se le había formado bajo el ojo izquierdo.

—No —repuso con rigidez—. Papá no.

—¿Sabes quién apoya a los socialdemócratas en Hamburgo?

—No. —Charlie suspiró y lanzó una mirada sombría a Jo—. Pero me da que me lo vas a decir tú ahora mismo.

Bebió un gran trago de cerveza y pareció querer esconderse tras la jarra. Fiete soltó una risotada y le dio a Charlie unas palmaditas de ánimo en la espalda. Estaban en el Verbrecherkeller, el «sótano de los delincuentes», su tasca habitual, y ya iban por la cuarta ronda. Como cada noche, las ventanas del sótano estaban tapadas con sacos, de forma que ni siquiera entraba la luz de las farolas. El humo subía en espirales hasta el techo, el lugar estaba lleno y era ruidoso, las velas de las paredes ya estaban medio consumidas. Los tres hombres se habían sentado en un rincón oscuro, junto al piano. Repartidas por la mesa había cartas pegajosas, pero ya hacía rato que nadie las cogía. Como siempre, después de tomar unas cervezas, Jo llevaba la conversación a la política. Y, como siempre, Charlie intentaba evitarla.

No obstante, Jo ya había empezado a hablar, encendido.

—Hombres de entre veinticinco y treinta y cinco años. Hombres como yo, por más señas. No los pobres de solemnidad, ¿entiendes? Ni los limpiadores de canales ni los traperos. No los que de verdad lo necesitan. En barrios en los que viven personas con ingresos más elevados han obtenido mejores resultados.

—¿Cómo es que sabes tú eso con tanta exactitud?
—gruñó Charlie, y Fiete asintió en señal de aprobación.

—Eso.

—Créeme, es así, lo han analizado. Pero también tiene su lógica, tu barrio es tu entorno social. Las personas

con las que tratas a diario, vecinos y amigos, influyen en tu forma de pensar. Y la oposición gana cada vez más terreno, sobre todo en baluartes tradicionales como los nuestros, como St. Pauli y Ottensen.

—Bueno, sus motivos tendrá la gente para no querer a los socialdemócratas, ¿no? —inquirió Charlie malhumorado.

—Bobadas, sabes tan bien como yo que la mayoría simplemente está desinformada. Y a los que más lo necesitan ni siquiera se les permite ir a votar. ¿Qué pasa con sus motivos? —contestó Jo, y Charlie enarcó las cejas.

—Tranquilo, muchacho.

—Ya hemos estado tranquilos bastante tiempo. Ese es justo el problema. Toda la clase obrera de esta ciudad carece de poder, de once hombres solo puede ir a votar uno. Uno se puede tragar la chorrada de los derechos civiles, pero, dime, ¿quién sacrifica el salario de medio mes por ir a votar cuando ni siquiera tiene bastante para comer?

Charlie asintió, somnoliento.

—El primero de mayo saldremos a las calles a protestar. —Jo estaba arrebatado—. Os garantizo que será increíble.

—Pero no seréis tan tontos como los de América y os pondréis a lanzar bombas, ¿verdad? —preguntó Fiete, ladeando la cabeza.

Hacía alusión a la revuelta de Haymarket de hacía cuatro años, que había marcado el inicio del movimiento obrero internacional. En Chicago se había vivido una huelga que había durado días, organizada por los sindicatos para reivindicar la reducción de la jornada laboral de doce a ocho horas. Habían participado cientos de mi-

les de personas en todo el país, pero el número había sido sobre todo elevado en Chicago.

—¡Seremos! —corrigió Jo, sulfurado, y lo miró fijamente—. No «seréis». Y desde luego que no habrá bombas. Pero está claro por qué participaron tantas personas allí.

—¿Ah, sí? Y ¿por qué? —preguntó Charlie con desgana, y apuró la cerveza. Era evidente que el tema no le interesaba lo más mínimo. Fiete, en cambio, se inclinó hacia delante prestándole toda su atención y pidió a Jo con un gesto que respondiera.

Jo accedió encantado.

—Poco antes, los obreros de una fábrica se habían unido contra la dirección y se declararon en huelga para exigir una mejora de los salarios. Ganaban tres dólares al día, trabajando en turnos de doce horas. Tengo entendido que ese dinero solo daba para comer en una miserable taberna. —Jo negó con la cabeza, enfadado—. Los echaron a la calle sin más. A todos los huelguistas. Se suponía que de realizar el trabajo se encargarían inmigrantes recién llegados, que ya hacían cola. Pero el diario de los obreros lanzó un llamamiento para que se solidarizaran con los huelguistas. Si no encontraban a nadie para cubrir los puestos, la producción se detendría. —Jo dio un golpe en la mesa con aire triunfal—. Y ahí tenéis lo que pasó: solo se presentaron unas trescientas personas. Para miles de puestos. Fue todo un éxito. Y ello alentó a las personas de Chicago. ¿Entendéis? Eso mismo tenemos que hacer nosotros.

Fiete resopló.

—Pero di, ¿tú cómo es que sabes todo esto?

—Leo —se limitó a decir Jo, y se bebió de un trago el aguardiente.

Al pronunciar la palabra sintió un dolor sordo. «Todavía, después de casi tres años», pensó furibundo, y apretó tanto los dientes que las mejillas se le crisparon. En algún momento tendría que acabar, por fuerza. Pero pasaba una y otra vez, casi siempre de repente. Durante un par de días lograba reprimirlo todo —o, mejor dicho, ahogarlo en alcohol—, y después resurgía con la misma fuerza que antes.

Para él, los libros y los periódicos siempre irían unidos a Lily. Sin ella quizá nunca hubiese aprendido a leer bien, a él nunca le hubiesen abierto los ojos.

«Lily...» El nombre resonó en su cabeza como un eco doloroso. Levantó la mano para pedir a Pattie otra ronda.

—Echa el freno, hombre. —Charlie le bajó la mano, pero Jo levantó la otra.

—Ocúpate de tu propia mierda —dijo con amabilidad, y Charlie suspiró y se dio por vencido.

Jo sabía de sobra que había perdido el control con el alcohol hacía tiempo. Y eso que intentaba luchar contra ello, pero cuando pensaba en Lily no podía hacer nada. Entonces tenía que beber. Y, por desgracia, a lo largo de los tres últimos años no había dejado de pensar en ella.

En ella.

Y en la criatura.

Era padre... y ni siquiera sabía si tenía una hija o un hijo. O si vivía.

—Me muero de ganas de saber qué se le ocurrirá al Ministerio del Interior. No nos dejarán protestar así como así —observó, solo por decir algo.

—De hacerlo serían tontos del bote. —Charlie rezongó.

—¿Sabéis lo que pasó después en América? —insistió Jo.

Charlie clavó la vista en su jarra y no contestó, pero Fiete lo miró con atención.

—¿Qué? —preguntó, picado por la curiosidad—. Solo sé lo de la bomba.

—Hubo una huelga que duró varios días. La policía intervino una y otra vez, resultaron heridos algunos trabajadores, incluso mataron a tiros a otros, pero la huelga continuó. La gente estaba harta, ¿entendéis? El hecho de que la policía actuara con tanta brutalidad no hizo sino soliviantarla. Pese a todo, los huelguistas no perdieron la calma. Solo al cuarto día la situación se agravó, cuando lanzaron la bomba. Alguien la tiró a la multitud. Murieron cuatro agentes, y después la policía abrió fuego y se puso a disparar a discreción. —Jo sintió que poco a poco la ira y la indignación se imponían al dolor. Por eso se había entregado a la lucha obrera con tanto ímpetu esos últimos años. La rabia lo mantenía vivo.

»Arrestaron a muchos de los hombres que organizaron la huelga. No había ninguna prueba que demostrara que habían tenido algo que ver con la bomba. Ni una sola. Pero el juez se limitó a afirmar que con sus ideas habían incitado al autor. Ahorcaron a cuatro de ellos. Solo por protestar. ¿Os dais cuenta? Porque querían una vida mejor. El quinto saltó por los aires en su celda. Dicen que se metió en la boca el cartucho de un revólver y le prendió fuego. Le voló la cabeza. —Tras hacer una pausa significativa, bebió la espuma de la jarra que Pattie acababa de ponerle delante.

Fiete silbó con suavidad.

—¿Tú crees que aquí también podría pasar eso?

Jo vio su mirada de preocupación. Fiete limpiaba calderas, de manera que era de los más pobres de entre los trabajadores hamburgueses. Los designaban con un nombre despectivo y ocupaban el puesto más bajo en la jerarquía portuaria.

—¿Y si aquí también hay alguno que fastidia los planes y nos toca pagar los platos rotos a todos?

—Lo de incitar con las ideas... me recuerda bastante a la justificación de la que se valió en su día Bismarck para aplastar a los socialistas —gruñó Charlie antes de que Jo pudiera contestar, y este alzó la vista sorprendido.

Charlie se mantenía al margen de la política. Sencillamente le daba igual lo que pasaba en las alturas. Aceptaba lo que quiera que le pusieran delante sin decir nada y hacía su trabajo fueran cuales fuesen las condiciones. Siempre había sido así. Al menos desde que Jo lo conocía. Sabía que antes, cuando Charlie aún vivía en Irlanda, era otra persona. Pero esa persona, como tantas veces le había asegurado con convicción su amigo, ya no existía. Había muerto con la mujer a la que amaba. Y con toda su familia.

«Cuando alguien lo pierde todo, también se pierde a sí mismo», pensó Jo mientras observaba a su mejor amigo. Charlie, el gigante de buen corazón. Viéndolo sentado así, con la vista clavada en la jarra de cerveza, los numerosos pendientes en las orejas, la rebelde barba pelirroja, los tatuajes en los brazos y la mirada rabiosa, parecía peligroso, pero Jo sabía que no había nadie más leal en el mundo entero. Cuando uno gozaba del afecto de Charlie tenía un amigo de por vida. A alguien que haría cualquier cosa por él. A lo largo de los últimos años, Charlie lo había decepcionado a menudo, luchaba

contra su adicción al opio y no conseguía vencerla. Se metía todo el rato en peleas, perdía con regularidad el trabajo que con tanto esfuerzo le había buscado Jo. Pero ¿qué derecho tenía él a juzgar a Charlie? Si no tuviera que seguir ocupándose de su madre y sus hermanos y de Alma y sus hijos, a saber si él continuaría allí. Charlie ya no tenía nada ni a nadie, ni siquiera su país. Jo no le podía reprochar que no viviese la lucha obrera con el mismo entusiasmo que él.

Asintió.

—Tienes razón, la justificación es la misma. —Exhaló un suspiro—. Uno de los hombres a los que ahorcaron, August Spies, pronunció varios discursos ante los huelguistas en Chicago. «No se puede vivir eternamente como ganado.» Esta frase suya pasó a ser una especie de grito de guerra de los obreros. Y, maldita sea, rara vez se ha oído una verdad mayor.

Fiete soltó una risa seca.

—Derecho no le falta. —Se irguió y una expresión de dolor asomó a su cara.

El trabajo había acabado con Fiete. Además de estar mal de la espalda, también tenía los pulmones destrozados, tosía día y noche una flema negra, los riñones le daban problemas y ya no podía caminar erguido. Siguió hablando, pero lo hizo en la extraña lengua que utilizaban los de su oficio, una suerte de idioma secreto que habían inventado los limpiadores de calderas y empleaban cuando se querían comunicar entre sí en ellas.

—Habla en cristiano —refunfuñó Charlie, y Fiete le dirigió una media sonrisa.

—Solo decía que a nosotros no nos va mejor que a los del otro lado del charco —repitió—. Tampoco somos

más que ganado. Cielo santo, al ganado al menos siempre le dan de comer, a diferencia de nosotros.

—Claro, porque a nadie le importa que te quedes en los huesos —alegó entre risas Charlie—. Contigo no hacen salchichas.

Fiete masculló algo y empezó a toser. Jo lo miró preocupado. Fiete era de corta estatura y estaba encorvado, su rostro reflejaba su sufrimiento. Daba la impresión de que un soplo de viento podía derribarlo, pero era resistente: uno de los motivos por los que había aguantado tanto en las calderas. A decir verdad, esa ingrata tarea la desempeñaban sobre todo trabajadores que no tenían otra elección, y, debido a su delgadez, Fiete no podía desempeñar la mayoría de las faenas. Para limpiar calderas, en cambio, servía, ya que para ello había que ser menudo y ágil. Cuando los barcos de vapor llegaban al puerto, las calderas tardaban unos tres días en enfriarse lo bastante para que pudieran limpiarlas, pero para los armadores cada segundo contaba, y por ello obligaban a los limpiadores a entrar en las calderas lo antes posible, cuando estas aún humeaban del calor. Los trabajadores se deslizaban por unas aberturas denominadas «puertas de hombres», que medían tan solo unos cuarenta centímetros. Allí dentro la mayoría de las veces el calor aún era insoportable. El suelo y las paredes estaban recubiertos de incrustaciones duras que los hombres tenían que retirar. El espacio era estrecho y sofocante, y el ruido, infernal. También por eso Fiete se inclinaba hacia delante tan a menudo cuando se hablaba con él, porque ya no oía bien.

—En las calderas trabajan más de mil hombres —afirmó Jo—. Creo que contamos con alrededor de cuatro-

cientos limpiadores. ¿Es que no tenéis derechos? —preguntó, y Fiete asintió con expresión pensativa, pero dio la impresión de que no estaba muy seguro—. El año pasado se produjeron dieciséis explosiones en las calderas, veintiocho compañeros tuyos perdieron la vida. Podría haberte tocado a ti. —Jo subió la voz al ver que había captado la atención de Fiete.

—Ya, pero ¿qué podemos hacer? A fin de cuentas, los armadores llevan la voz cantante —objetó, inseguro, Fiete.

—¡Justo eso es lo que tenemos que cambiar! —exclamó Jo con demasiada vehemencia, y dio un puñetazo en la mesa.

Empezaba a ver un tanto borroso, ya no distinguía a Charlie y Fiete con la misma nitidez que hacía una hora. Ese era el estado que más le gustaba: lo bastante sobrio aún para pensar con claridad, pero lo bastante borracho para que no se le hiciera todo tan cuesta arriba. Para no sentirse tan solo. Tan desesperanzado. Borracho todo parecía más fácil. Claro que por la mañana se arrepentiría. Era muy probable que volviera a despertarse en la habitación trasera de la taberna, hecho un ovillo en el suelo entre los demás hombres que dormían allí por unas monedas. Pero ahora eso le daba absolutamente lo mismo. Se bebió la jarra de un trago.

Había entrado una niña pequeña que llevaba un vestido de colores vivos, se subió a una mesa descalza y se puso a cantar una canción con voz clara. Mientras tanto sostenía en alto un cubo pintado al que se suponía que debían arrojar dinero los parroquianos. Jo la contempló entristecido. ¿Qué diría Lily si la viese en ese sitio? Él lo sabía muy bien. Se levantaría de un salto, indignada, y

bajaría de la mesa a la pequeña, la sacaría de ese antro apestoso y, por de pronto, le compraría algo de comer. Así era ella. Una idealista sin remedio.

Los tres hombres escucharon la canción en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Jo vio que los ojos de Charlie adquirían un brillo peligroso. Siempre le pasaba lo mismo con la música, su corazón irlandés se ablandaba en el acto cuando alguien se ponía a cantar. Él tocaba el violín como nadie; sin embargo, no había vuelto a tocar su querida armónica desde que dejó Irlanda.

—Una vergüenza, eso es lo que es —farfulló Charlie para su barba, y Jo no pudo estar más de acuerdo.

Sabía que la niña llevaba una vida peligrosa. No solo por los muchos borrachos, sino también por otros hombres sin escrúpulos que hacían que por la noche las callejuelas fuesen inseguras. En Hamburgo florecía el tráfico de mujeres. «Principal puerto de salida», había leído no hacía mucho en un artículo de periódico. Desde la ciudad hanseática se las enviaba a burdeles de Sudamérica o Asia. La mayoría de las veces los ganchos atraían a mujeres solteras de Polonia o Rumanía, pero cuando era más que evidente que nadie buscaría mucho a una niña...

Cuando la pequeña terminó de cantar, alguien la levantó de la mesa y ella dio una vuelta por la taberna, sosteniendo el cubo en alto y esbozando una sonrisa seductora que dejaba a la vista sus dientes podridos. Cuando se acercó más, Jo vio lo delgada que estaba. Y el aliento le olía a alcohol. La niña no tendría ni diez años y estaba borracha como una cuba.

«Quizá solo pueda soportar la vida en ese estado»,

pensó él, y se metió la mano en el bolsillo para sacar unas monedas. Lo entendía a la perfección. Antes de dejar el dinero en el cubo, cogió un instante a la niña por el brazo.

—Es todo lo que tengo. Si te lo doy, ¿me prometes que te comprarás algo de comer? —le preguntó.

Ella miró desconcertada la cantidad de monedas que tenía en la mano Jo y asintió con vehemencia. Jo profirió un suspiro. Qué otra cosa podía hacer, no se podía llevar a la niña a casa.

—Y ¿quién paga ahora la siguiente ronda? —gruñó Charlie, si bien también se metió la mano en el bolsillo.

—Pues tú, claro, ¿o quién...? —empezó a decir Jo, pero se interrumpió. Se quedó sin aliento. Había entrado una mujer que llevaba un pañuelo en la cabeza, y durante un segundo pensó que era ella.

Lily.

Fue como si le asestaran un puñetazo en el estómago. En la penumbra la escena le pareció como antaño. Aún recordaba como si fuese entonces la vez que Lily fue al sótano en su busca, con su caro vestido, el cabello recogido y el rostro inocente. Su precioso rostro... Esa noche se besaron por primera vez. Jo se quedó mirando a la mujer que bajaba por la escalera como si fuese una aparición. Pero entonces ella se quitó el pañuelo y la magia se desvaneció.

—Greta —dijo, suspirando.

La mujer buscó entre el gentío y, al verlo, sonrió y fue hacia él.

Jo levantó la mano y pidió otra ronda.

Una hora después, Charlie salió a la oscura callejuela, se detuvo y eructó. Necesitaba que le diera un poco el aire. No soportaba ver cómo se arrimaba Greta a Jo, aprovechándose de lo borracho que estaba para enredarlo. Cuando apenas hacía dos semanas que Lily se había marchado, ya estaba Greta a disposición de Jo. Desde entonces intentaba que Jo se escapara con ella. Y si él seguía bebiendo como lo hacía, no tardaría en conseguirlo. Cielo santo, quizá ni siquiera fuese la peor idea. El muchacho necesitaba distraerse. Algo nuevo, alguien de quien pudiera ocuparse. Pero ¿Greta? A Charlie nunca le había caído bien. Y estaba casada, por el amor de Dios, aunque ella no quisiera reconocerlo. Siempre que su marido, que era marinero, se hacía a la mar, le echaba la zarpa a Jo y no lo soltaba.

Como se tambaleaba un poco, Charlie se agarró a una farola. Sobre los tejados de Hamburgo brillaba una pequeña luna roja invernal. Las chimeneas lanzaban en silencio su humo al cielo nocturno; hacía un frío helador, y eran pocas las personas que deambulaban por los callejones. Pero al menos el frío aire nocturno cubría el hedor a putrefacción que emanaba de los canales y lo ayudó a despejarse.

Estaba preocupado por su amigo. Jo no se había recuperado de la pérdida que había sufrido, pero de un tiempo a esa parte al alcohol se sumaba una obsesión casi maniaca por la política. Leía cada panfleto que caía en sus manos, acudía a reuniones, todas las noches pronunciaba discursos encendidos en las tascas. Ahora que Bismarck había caído, los trabajadores jóvenes y progresistas abrigan grandes esperanzas de que se produjese un cambio. Querían que se derogaran de una vez las leyes anti-

socialistas. Jo había consagrado su vida a transformar radicalmente el sistema, a ayudar al hombre de a pie. Charlie resopló. Un idealista sin remedio, eso es lo que era. Como si las cosas pudieran cambiarse. La vida no era justa, punto. Había quien tenía y había quien no tenía. Y sanseacabó. Como si los ricachones fueran a tirar su dinero por la ventana de pronto solo porque unos obreros saliesen a las calles.

Echó la cabeza atrás. ¿Brillarían esas mismas estrellas en su país natal, en su pueblo? Cerró un instante los ojos y luchó contra el dolor abrasador que lo asaltó de pronto. Respiró hondo unas cuantas veces. Cuando abrió los ojos, su mirada se había endurecido. ¡No se podía permitir pensar en ella!

Para distraerse, apartó con la mano uno de los sacos que cubrían las ventanas. A través del humo vio a Fiete, Greta y Jo en el rincón. Con la luz titilante de las velas, los rasgos de sus rostros parecían más marcados que de día; los ojos, más oscuros; los gestos, más expresivos. Jo estaba como una cuba, Charlie lo veía con claridad en el nervioso movimiento de sus manos por la mesa; en su mirada, incapaz de fijarse en nada; en su espalda, demasiado recta. Greta y él estaban discutiendo de nuevo. Era muy probable que Charlie tuviera que llevar a casa a su amigo, como tantas otras veces. De pronto no pudo evitar sonreír. Últimamente los papeles se habían invertido: lo cierto es que siempre había sido Jo quien cuidaba de él, pero la adicción de Charlie no era como la adicción al alcohol. Resultaba más fácil esconderla.

A la memoria le vino cómo se conocieron Jo y él. Vivían en la misma casa, Jo con su familia y él de inquilino con una viuda. Una noche lo despertó un griterío espan-

toso: el matrimonio del piso de abajo volvía a pelearse, pero esta vez daba la impresión de que el hombre iba a desollar viva a la mujer. Se levantó de la cama hecho una furia y se plantó delante de la puerta de la pareja al mismo tiempo que Jo. De mutuo acuerdo y sin necesidad de mediar palabra, los dos trabajadores, a quienes habían privado del descanso que tanto necesitaban, le cantaron las cuarenta al tipo. Y de qué manera. A partir de ese día en el piso no se volvió a oír ni un ruido, y la mujer les estuvo haciendo bizcochos durante semanas. Y aunque ya no vivían en la misma casa, Jo y él fueron amigos desde entonces.

Amigos de verdad.

De repente alguien le tiró de la manga. Al volverse, vio el rostro apesadumbrado de un anciano. Tenía la nariz roja del frío y los mocos se le metían en la boca. El hombre le enseñó un retrato y lo miró esperanzado.

—Le pinto a su amada. Usted me dice cómo es y yo la dibujo. Si no queda satisfecho, no me da nada.

Al oír sus palabras, Charlie se estremeció. Acto seguido sacudió la cabeza.

—No tengo amada —negó con aspereza. Durante un segundo vaciló; el anciano solo llevaba una chaqueta fina y tiritaba de frío—. Prueba suerte en otra parte, viejo, ahí dentro no encontrarás a nadie que dé dinero por lo que ofreces —añadió con amabilidad. Tras darle unas palmaditas en la espalda al anciano, volvió a entrar.

Cuando en el sótano lo recibió la habitual mezcla de humo, sudor y olor a cerveza, se detuvo un instante. Se pasó la mano por la barba con nerviosismo. Durante un segundo se sintió tentado de... ¿Y si el viejo de verdad era capaz de hacer lo que prometía? ¿Y si Charlie la veía?

Después de tantos años. No tenía una sola fotografía de ella. La idea hizo que rompiera a sudar. Todo su ser ansiaba salir corriendo para detener al anciano. Pero ¿cómo iba a funcionar? ¡Era del todo imposible! ¿Cómo la describiría él? Sus ojos alerta, pensativos. Su sonrisa, con la que siempre fruncía un poco la boca, de manera que cerca de la comisura derecha se le marcaba un hoyuelo. La delicada nariz, que siempre parecía distinta dependiendo del ángulo desde el que se la contemplase.

A veces ni él mismo estaba seguro ya de recordarla bien. En esos casos intentaba imaginar su rostro, que se volvía borroso ante sus ojos, se desvanecía y tomaba forma de nuevo, una mueca de recuerdos distorsionados. En esos momentos, el pánico le atenazaba la garganta y, acto seguido, Charlie era completa e inequívocamente consciente: no la volvería a ver. Nunca. Su rostro no haría sino que desdibujarse cada vez más, se volvería borroso y acabaría por desaparecer del todo.

«No», pensó, cabeceando. Era imposible. Y, sobre todo, peligroso. «A los muertos no hay que despertarlos», musitó, y se dirigió hacia su mesa con paso resuelto.

Pero se percató del hormigueo que sentía en la palma de las manos.

—¿Tenemos *El rey Lear* en la biblioteca? —Lily dejó el tenedor en el plato.

El postre, un bizcocho de piña con cerezas glaseadas, estaba exquisito, pero ella sabía lo que había costado esa extravagante cena a base de alimentos importados y no era capaz de disfrutarla. Cuando se había vivido en la

miseria y la pobreza, el despilfarro se veía con otros ojos. Aun así, Henry insistía en servir en la mesa solo lo más selecto. Que pagaba el padre de Lily, como todo lo demás en la casa.

Su esposo levantó la cabeza y la miró. No era habitual que Lily le dirigiese la palabra, y menos en un tono neutro o conciliador. A su rostro asomó una expresión de sorpresa. Su mirada se detuvo un segundo de más en el ojo hinchado de Lily. Carraspeó.

—Seguramente —repuso—. ¿Por qué lo preguntas?

La boca de Lily se crispó. Henry no sabía qué libros había en la biblioteca. La había adquirido entera a un accionista que se había declarado en quiebra y desde entonces ni se había dignado a mirarla. En una buena casa había que tener una biblioteca, eso era todo cuanto le interesaba. En un primer momento a Lily le hizo ilusión ver tantos libros, pero no tardó en constatar que la selección no era de su gusto. La mayoría eran libros de divulgación científica en latín o tratados de la guerra de las Dos Rosas. Además, muchas de las hileras encuadernadas en piel eran de pega, como comprobó desconcertada cuando fue a sacar un Dickens del estante. Por lo visto, a la clase alta inglesa le gustaba ostentar una fachada intelectual, pero no estaba dispuesta a invertir mucho dinero en ella. «Las apariencias», pensó ella. Como en la antigua Prusia. Y como tantas otras cosas en la vida de Henry. Habría apostado a que nunca había leído ninguna obra de Shakespeare.

—Oh, por nada. Me gusta Thomas Hardy —replicó con inocencia.

Henry asintió con gravedad.

—Un gran escritor.

Lily se mordió las mejillas por dentro para no reírse.
—Y ¿cuál de sus libros te gusta más? —preguntó con una caída de ojos.

Henry sacudió la cabeza.

—¿Cómo podría decidirme por uno?

Ella lo contempló con cara inexpresiva para disimular su desdén. ¿Por qué no podía admitir sin más que no sabía quién era Thomas Hardy? ¿Y menos aún Shakespeare? ¿Y que nunca sería capaz de leer un libro en inglés?

Al igual que Lily, Henry recibía clases particulares cada semana desde que habían llegado. A esas alturas ella ya devoraba libros ingleses, le había tomado mucho gusto a la lengua al percatarse de que en Gran Bretaña, a diferencia del imperio, había infinidad de escritoras cuyos libros, críticos con la sociedad, le endulzaban las largas tardes neblinosas. Los progresos de Henry, en cambio, eran lentos. En conversación su nivel ahora era pasable, pero sus conocimientos distaban mucho de bastar para que pudiese concluir sus estudios de Medicina, lo cual era tan solo uno de los motivos por los que de un tiempo a esa parte se mostraba más impaciente e irascible que nunca.

—Le pediré a Mary que te lo busque. —Le sonrió, y Lily vio asomar a sus ojos algo que podía ser esperanza. Fue como si le leyera el pensamiento: ¿conseguirían mantener una conversación normal en la mesa, como marido y mujer, sin discutir o sin guardar un silencio férreo?

—Gracias, pero le costará hacerlo, porque *El rey Lear* es de Shakespeare —replicó Lily con voz melosa. A continuación apartó la silla—. Estoy cansada, ¿puedo retirarme?

Henry se la quedó mirando y, tras un fugaz sobresalto, la ira le ensombreció el rostro. Apretó los labios hasta que no fueron más que una línea blanca y su mano se crispó en torno a la servilleta.

A Lily no le preocupó, ya que nunca le pegaba cuando estaba sobrio. Al ver que no decía nada, se levantó y, tras rodear la silla con marcada lentitud, salió del comedor.

«Eres un bicho —pensó en cuanto se vio fuera y apoyó la espalda en la puerta—. Un mal bicho, Lily Karsten.»

Al caer en la cuenta de que seguía considerándose Lily Karsten, negó con la cabeza con impaciencia. Nunca había sido capaz de acostumbrarse al Von Cappeln. Que su hija también llevase ese apellido era lo único que la hacía soportar un tanto el hecho de que la hubiesen obligado a casarse con Henry.

Subió con agilidad la escalera alfombrada con terciopelo y abrió la puerta del cuarto infantil. Hanna dormía como siempre, boca arriba y despatarrada, y pese a la fría noche invernal inglesa, con la ropa de cama enmarañada en un rincón. Lily se acercó a la cama sin hacer ruido.

«Ojalá pudiera verte.» Ese pensamiento se le pasaba por la cabeza por lo menos cinco veces al día. Aún, cuando ya habían pasado más de tres años.

«Tu padre estaría tan orgulloso de ti.»

Aflojó con cuidado el nudo del gorrito de dormir, que la niñera siempre apretaba en exceso en la pequeña barbilla de Hanna. «Le corta la respiración», objetaba Lily todas las noches, pero Conny insistía en que el gorro tenía que quedar tirante. «De lo contrario, el pelo se sale y

enreda.» Se había convertido en un juego que Lily entrase de noche para ver a su hija y le aflojase el gorro. Por la mañana el pelo de Hanna era una maraña, pero Lily no entendía por qué una niña pequeña no se podía despeinar. Lo que necesitaba era dormir bien.

Sabía que su rebeldía también se debía a que en esa casa casi todo el mundo podía tomar más decisiones sobre su propia hija que ella misma. Henry había contratado a una niñera y a una institutriz y, puesto que trabajaban para él y seguían sus instrucciones, podían imponerse a Lily en muchos aspectos. Ella había sabido desde el principio que en su matrimonio no tendría ningún derecho y aún menos libertad de decisión, pero solo había empezado a entender bien paulatinamente lo que esto significaba para su nuevo papel de madre. Hanna era su hija, había pasado nueve meses en su vientre, y ella casi había perdido la vida al alumbrarla. Era como una parte de sí misma, Lily ya no podía imaginarse estar un solo día sin ella.

Y, sin embargo, no tenía atribución alguna en lo tocante a Hanna.

A Lily no le habían permitido amamantarla, se había visto obligada a utilizar una bomba porque su leche no dejaba de manar, y a Hanna la había alimentado un ama de cría a base de biberones. No le permitían decidir lo que comía, ni la hora de irse a la cama, ni dónde estaba. Así y todo, Lily sabía que debía dar gracias por que Hanna se encontrase allí. No solo ella había intentado poner fin al embarazo, sino que además Henry —de eso estaba segura— en su día pretendió deshacerse de Hanna en cuanto naciera. Alguien como él jamás criaría al hijo de otro hombre, y menos aún al del amante de su esposa.

Cuando la niña nació y él hizo entrar por primera vez al ama de cría en la habitación, Lily se inclinó hacia él y lo agarró por el brazo. «Si me quitas a mi hija, me tiro al río ese mismo día», susurró, con los labios agrietados tras pasarse horas gritando.

Algo en la mirada de Lily debió de decirle que hablaba en serio. Henry palideció y durante un instante su rostro se volvió inexpresivo. Después asintió de un modo casi imperceptible. Se levantó, echó una ojeada al pequeño bulto y salió de la habitación sin decir palabra. Lily se dejó caer en las almohadas, exhausta. Esa vez logró imponerse.

Pero no podía esgrimir su vida como medio para ejercer presión a diario. Y, a grandes rasgos, su vida allí era soportable. Al igual que ella, Henry escogía sus batallas con sumo cuidado, y por pura comodidad permitía que se saliera con la suya en numerosos aspectos. Eso sí, le dejaba claro en pequeños asomos arbitrarios de sadismo el poder que tenía sobre ella. Como si quisiera cerciorarse de que Lily no olvidara nunca quién era su esposo.

Él era quien tomaba las decisiones.

Todas.